

## TRES VERTIENTES EN LA CRISIS DE UN PERSEGUIDO, EN LA NOVELA "EL ACOSO", DE ALEJO CARPENTIER

ALEXIS MARQUEZ RODRIGUEZ

El presente trabajo es parte de un capítulo de un libro, recientemente concluido, en el cual se estudia exhaustivamente la obra narrativa de Alejo Carpentier, hoy por hoy, a nuestro juicio, uno de los narradores más significativos de nuestro Continente, y en general de la literatura de ficción en escala mundial. Si bien hemos accedido gustosamente a ceder este fragmento a la revista "ACTUAL", queremos advertir que la lectura del mismo, separado del contexto de la obra, quizás no refleje fielmente el sentido y alcance de ésta, sobre todo si se tiene en cuenta que los originales de nuestro libro — actualmente en trance de hallar editor — comprenden algo más de trescientas cincuenta cuartillas.

A. M. R.

Dejando a un lado el aspecto estructural, “El Acoso” nos muestra el problema central de su contenido. El tema de esta novela —plenamente identificado en el título— es la situación de un hombre condenado a muerte, perseguido por quienes tienen el encargo de cumplir la sentencia. Semejante situación supone en el acosado un estado anímico peculiar, centralizado en la angustia de quien se sabe en riesgo inminente de morir. Tal angustia se ve acrecentada por la incertidumbre, pues no se sabe cuándo ni dónde habrá de cumplirse la sentencia, pero sí que puede ser en cualquier momento y en cualquier lugar. Además, a todo ello han de agregarse ingredientes de otro orden, como el hambre y la vigilia, que contribuyen a provocar en el acosado un malestar que engloba tanto lo psíquico como lo fisiológico. Su psicosis, además, no se muestra en un solo perfil, sino por lo menos en dos. Unas veces, en efecto, es la angustia del *enclaustrado*, del que espera en su escondite el resultado de la gestión salvadora, asaltado a cada instante por el temor de verse descubierto. Entonces los sentidos se afinan, y signos de suyo rutinarios se perciben con una carga de horror; la imaginación se exalta hasta el desvarío; el sueño, a saltos, se trueca, de reparador y confortante, en terrorífico y agotador: “...había empezado el verdadero encierro... Y así eran ya dos días los que llevaba sin comer, oculto entre aquellas cuatro paredes despintadas y tibias, yendo del Westminster sin péndulo ni saetas, al baúl de cerraduras enmohecidas... Temiendo siempre que alguien oyera crujir el bastidor del camastro, puesta la pistola al alcance de la mano, pasaba las horas echado en el piso de aquel destartalado belvedere de casa hidalga venida a menos... Los ojos abiertos comprobaban la realidad de una estrella, de un girar de la luz del faro, nuevamente desasosegados, de repente, porque un insecto se pusiera a rascar detrás de la puerta. Un alambre del bastidor que cediera y le restallara en la oreja por su mucha agitación; los grillos que se daban a cantar dentro del baúl; el terral que revolvió los hollines caídos en los ángulos de la azotea; todo lo que sonara quedo, raro, sorpresivo, era, en esas noches, una perenne expiación por el tormento” (P. 172). Otras veces es la angustia del *perseguido* que va de un sitio a otro en busca de refugio; que se desliza furtivamente por calles y avenidas, que da grandes rodeos y elude lugares indiscretos, que tiembla ante la posibilidad de encuentros inoportunos, y a quien sobresaltan unos pasos que se presienten persecutores, la mirada que imaginó escudriñadora de un desconocido, la presencia en determinado lugar de un sujeto en actitud que se presume sospechosa: “Habría que entregarse a la libertad — a la calle a la multitud, a las miradas — que era como verse emplazado. Volvería al tormento de interrogar todos los rostros, al temor de comer dos platos seguidos en la misma mesa, a la intolerable obsesión de hallar frialdades de hospital en la blancura de toda sábana. Sería el abandono de la cama antes del sueño cumplido, el andar a la sombra, con miedo al eco de sus propios pasos; la carne que se recoge y huye del calor de otra carne... (P. 200). Son, en verdad, dos situaciones psicológicas diferentes, no obstante originarse en una misma realidad vital.

Pero "El Acoso" no es solamente — he aquí lo fundamental — el muestrario del terror de un perseguido. El acosado no lo es solamente por quienes tienen el encargo de matarlo. Esto es el acoso material. Pero hay también un acoso de otro orden. Hostigado por sus verdugos, torturado por sus terrores, el acosado es también un *hombre en crisis*. Crisis que se define en tres vertientes distintas, aunque las tres no sean sino formas de expresión de un mismo fenómeno.

## CRISIS RELIGIOSA

La primera vertiente de la crisis del acosado es la *religiosa*. Se trata de un joven estudiante provinciano, entregado en La Habana originalmente a la lucha política, desde posiciones de extremo radicalismo. Aunque sin decirlo expresamente, el autor sugiere que es un joven comunista. De tal posición se desvía hacia el pistolero y el pandillaje, a menudo al servicio de personajes poderosos pertenecientes a las clases dominantes. El cuadro reproduce una realidad que vivió Cuba a raíz de las luchas estudiantiles y populares contra la tiranía de Gerardo Machado. Desde tales posiciones, aquel joven estudiante deviene en materialista y ateo, para lo cual, por lo demás, venía preparado por una infancia transcurrida al margen de toda religiosidad, al lado de un padre descreído: "...abrió el libro negro y oro de la Cruz de Calatrava, que ahora dispensaba inacabables deslumbramientos a quien creciera, lejos del catecismo, en una sastrería franc-masona y darwiniana" (P. 194). La crisis religiosa se inicia en términos de *arrepentimiento*: "...pensaba que aún le sería posible vivir en otra parte, olvidando los tiempos del extravío. Eran gemidos las palabras con que los atormentados, los culpables, los arrepentidos se acercaban a la Santa Mesa, para recibir el Cuerpo del Crucificado y la Sangre del Sacrificio Incruento. Bajo la Cruz de Calatrava que adornaba el pequeño libro de Instrucción Cristiana para uso de párvulos que la vieja le había dado, se escuchaba ese patético gemido, en las oraciones para la confesión, en las letanías a la Virgen, en las plegarias de los Bienaventurados. Con sollozos, con imploraciones, se dirigían los indignos, los caídos, a los divinos intercesores, por pudor de hablar directamente a Quien, por tres días, hubiera bajado a los infiernos" (P. 184). Bien pronto el arrepentimiento cede paso a la *ansiedad de purificación*, a cierto sentimiento de ascetismo que lo conduce al placer de la automortificación como sacrificio que lavase sus pecados. Incluso ofrenda el martirio de su hambre como penitencia expiatoria: "...aceptaba de antemano los más duros oficios, los sueldos peores, el sol en el lomo, el aceite en la cara, el camastro y la escudilla, como fases de una expiación necesaria... Iba por el librito de la Cruz de Calatrava, dejado sobre el jergón, cuando se percató, de súbito, que su hambre había pasado. Pensaba en pescados y los imaginaba como repugnantes cosas, con ese ojo vidrioso y plano, que apenas era ojo, tachuela clavada en el hedor de las

escamas; pensaba en carnes, y las hallaba repelentes, informes, con su sangre aflorada; pensaba en frutas, y las recordaba ácidas y frías; pensaba en panes, y se le hacían desagradables los grumos, las grietas, de sus migas. No quería comer. Ofrecía a Dios la vaciedad de su vientre, como un primer paso hacia la purificación” (P. 186). Del arranque de ascetismo pasa al hallazgo de Dios, revelado de pronto en simples cosas que hasta ayer se le ofrecían insignificantes, en detalles que ahora se le aparecían como signos reveladores, interpretados con cierto sentido aristotélico-tomista: “La portentosa novedad era Dios. Dios, que se le había revelado en el tabaco encendido por la vieja, la víspera de su enfermedad. De súbito, aquel gesto de tomar la brasa del fogón y elevarla hacia el rostro — gesto que tantas veces hubiera visto perfilarse en las cocinas de su infancia — se le había magnificado en implicaciones abrumadoras. La mano traía, al sacar la lumbrera, un fuego venido de lo muy remoto, fuego anterior a la materia que por el fuego se consumía y modificaba — materia que sólo sería una posibilidad de fuego, sin una mano que la encendiera—. Pero si este fuego presente era una finalidad en sí, necesitaba de una acción anterior para alcanzarla. Y esa acción, de otra, y de otras anteriores, que no podían derivar sino de una Voluntad Inicial. Era menester que hubiera un origen, un punto de partida, una Capitular del fuego que, a través de las eras sin cuento, había iluminado la cara de los hombres. Y ese primer fuego no podía haberse encendido a sí mismo... Creyó vislumbrar en todo una parecida sucesión, un ineludible proceso de recibir energía de otra cosa; el mismo remontarse de los actos que, sin embargo, no podía ser infinito. Los hilos tenían que ir a parar, por fuerza, a la mano de un propulsor primero, causa inicial de todo, detenido en la eternidad y dotado de la Suprema Eficiencia”. (P. 193). El hallazgo de Dios, así, de improviso, pero apuntalado en signos inconfundibles, tenía que desembocar necesariamente en un repentino sentimiento de abjuración, con toda la carga de frustraciones que tal sentimiento conlleva: “El ateísmo de su padre le parecía absurdo, ahora, ante una imagen que tantas cosas explicaba, extrañándose de que otros no hubiesen pensado, antes que él, en demostrar la existencia de Dios por aquella iluminadora ocurrencia que había tenido ante una brasa...! ¡Haber llevado en sí tales poderes de entendimiento, ser capaz de percibir tales verdades, y haberlo ignorado, en despilfarros abominables, para hacer caso de discursos que tanto habían servido para justificar lo heroico como lo abyecto! ¡Ah! ¡Creo! ¡Creo! ¡Creo!...” (Ps. 194-195).

## CRISIS IDEOLOGICA

La crisis religiosa del acosado corre paralelamente a la crisis ideológica. Esta, sin embargo, tiene raíces más hondas, en hechos y circunstancias que ahora, en la atormentada soledad del acoso, se le revelan brutalmente. En las lentas horas sin tiempo del mirador que le sirve de refugio se deja arrastrar por los recuerdos, al hilo de los cuales va reconstruyendo el laberinto de sus yerros, fuente de sus mortificaciones presentes. Un viejo baúl, que dejara abandonado en aquel lugar tiempo atrás, cuando cambiara de residencia, está lleno de pequeñas cosas que van marcando sus recuerdos. Una de ellas, especialmente, le ilumina el tortuoso camino de sus extravíos: “...al fondo, sobre el diploma de Bachiller, la tarjeta de Afiliado al Partido. Los dedos hallaban, al sopesar aquella cartulina, la última barrera que hubiera podido preservarlo de la abominable. Pero había estado demasiado rodeado, en aquellos días, de impacientes por actuar. Le decían que no perdiera el tiempo en reuniones de células, ni en leer opúsculos marxistas, o el elogio de remotas granjas colectivas, con fotos de tractoristas sonrientes y vacas de ubres fenomenales, cuando los mejores de su generación caían bajo el plomo de la policía. Y, una mañana, se vio arrastrado por una manifestación que bajaba, vociferante, las escalinatas de la Universidad. Un poco más lejos fue el choque, la turbamulta y el pánico, con piedras y tejas que volaban sobre los rostros, mujeres pisoteadas, cabezas heridas, y balas que se encajaban en las carnes. Ante la visión de los derribados, pensó que, en efecto, se vivían tiempos que reclamaban una acción inmediata, y no las cautelas y aplazamientos de una disciplina que pretendía ignorar la exasperación. Cuando se pasó al bando de los impacientes, empezó el terrible juego que lo había traído nuevamente al Mirador, pocos días antes, en busca de una última protección, cargando con el peso de un cuerpo acosado, que era necesario ocultar en alguna parte” (P. 182). Están allí las lejanas raíces de la profunda crisis ideológica que ahora lo agitaba. Aquel pasarse al bando de los impacientes no fue sino el primer paso dado en una ruta que inexorablemente lo fue llevando al pandillaje y a la violencia desasistida de todo ideal y de toda moralidad revolucionaria: “Luego de lo necesario, de lo justo, de lo heroico; luego de los tiempos del Tribunal, fueron los tiempos del botín. Líbrados de represalias, los descontentos se dieron a la explotación del riesgo, por bandas, partidas armadas, que traficaban con la violencia, proponiendo tareas y exigiendo premio, para volver a desatar las furias a la luz del sol, en provecho de éste o aquél. La misma policía huía de esos Temibles, a sueldo de protectores poderosos, para quienes siempre tenían fisuras las murallas de las prisiones. Todavía se afirmaba que aquello era justo y necesario; pero cuando el arrojado del Mirador, el sentenciado de ahora, regresaba de una empresa, tenía que beber hasta desplomarse, para seguir creyendo que lo hecho hubiera sido justo y necesario” (P. 236). Es la fe derrumbada, porque no tuvo a tiempo el apuntalamiento de una ideología clara y coherente. Ahora era el asco, la rabia impotente desatada por la conciencia de un pasado de

abominación y desvarío: *“Le habían puesto precio a la sangre derramada, aunque ese precio se fijase en términos de revolución. Y al recordar el uso hecho, en aquellos días, del vocablo encubridor, el hombre sentado en la acera crispó la mano que hubiera pedido una muerte”* (P. 236). En este punto, la crisis ideológica se entrecruza con la crisis religiosa: *“Estaba asqueado, con náuseas de todo lo vivido desde entonces; con ansias de arrastrarse al pie de un confesionario para clamar que nada había sido necesario; para vomitar tales culpas que le impusieron penas excepcionales, las más terribles que la Iglesia hubiera instituido, complaciéndose en la idea de que tales penas existían para quienes pudieran volcar abominaciones semejantes a las suyas”* (P. 237).

### CRISIS MORAL

Y con la ideológica y la religiosa se entrecruza y enmadeja también la crisis moral. Esta última tiene igualmente raíces remotas, en la duda que lo asaltaba al cabo de las horrendas acciones, duda que apenas ponían en suspenso la anestesia alcohólica y las racionalizaciones pseudo-ideológicas: *“Bien muerto, el perro” —pero aquella noche, sin embargo, le había sido necesario beber hasta aturdirse y caer atontado en la cama de Estrella, para olvidar la nuca marcada de acné que había estado ahí, al cabo de su arma, — casi al alcance de su mano. Poco después, al saber de alguien repentinamente favorecido por aquella muerte, le habían asaltado dudas, pronto acalladas por los que a su alrededor manejaban diestramente las Palabras que todo lo justificaban. “La revolución —decían— no ha terminado aún”* (P. 243). Esta crisis moral culmina ahora, en arranque no desprovisto de sentimentalismo, cuando, muerta la anciana que antaño fuera su nodriza y que ahora lo había resguardado en el seguro refugio del Mirador, se siente culpable de aquella muerte, por haber robado, ateneado por el hambre, su alimento de enferma: *“La que calmó mi hambre primera con la leche de sus pechos; la que me hizo conocer la gula con la suave carnosidad de sus pezones; la que puso en mi lengua el sabor de una carne que he vuelto a buscar, tantas veces, en torsos jóvenes de su misma sangre; la que me nutrió con la más pura savia de su cuerpo, dándome el calor de su regazo, al amparo de sus manos que me sopesaron en caricias; la que me acogió cuando todos me echaban, yace ahí, en su caja negra, entre tablas de lo peor, diminuta, como encogida la cara sobre el hielo que gotea en cubo mellado, porque yo, que ni siquiera debí pensarlo —admitir que me fuese posible— he devorado su alimento de enferma, engullido sus mieses, roído los huesos de sus aves, sorbido con avidez de marrano sus caldos de domingos”* (P. 202). Amargo complejo de culpa de quien, exaltado por la dimensión de sus errores, se siente moralmente disminuido hasta la minimez de la piltrafa.